

La Inmigración que necesitamos

Las condiciones actuales de Europa están imponiendo a todos sus pueblos una emigración forzosa como tal vez no la hubo en otras épocas de su historia. Gentes de las más variadas clases, buscan fuera del continente un refugio contra las amenazas de la tercera guerra, cuyos desastres no es posible imaginarnos con anticipación.

En relación con tal fenómeno varias repúblicas americanas han ofrecido sus territorios a dichos fugitivos, pero bajo condiciones especiales, que no es del caso detallar en este lugar. Las oficinas respectivas con ese fin abiertas en Europa por los gobiernos de los estados aludidos, señalan como preferenciales requisitos para el traslado a estas tierras el hecho de ser agricultores o técnicos los solicitantes de visas. Venezuela, Argentina y Brasil, para citar los principales interesados en el asunto, llevan realizada una labor intensa y extensa en la mencionada cuestión. Colonias enteras de europeos están afincados ya en sus casi despoblados terrenos agrícolas y todo hace esperar un buen éxito en la empresa, debido a la enorme trascendencia que ese trabajo representa en la economía de la tierra.

Al lado de tan señaladas ventajas, cabe oponer la objeción que algunos indican en sus opiniones. Es la siguiente: la fundación de estas colonias demanda fuerte capital, a fin de suministrarles cuanto sea indispensable para obtener el fruto deseado en el término de ciertos años. Significa esto que solamente países de riqueza en efectivo, son capaces de llevar a cabo la empresa; en estados de presupuestos deficientes, habrá el peligro de no ir más allá del comienzo con grave pérdida para todos.

En el segundo caso debemos incluir a las repúblicas centroamericanas, donde entusiastas partidarios de su reforma económica, acarician la idea de poblar sus tierras baldías con trabajadores extranjeros. Dan a entender con ello falta de conocimiento práctico en la materia. A lo sumo podríamos quizás establecer una o dos pequeñas colonias, no lo suficiente lucrativas como para hacer sentir su influencia en la producción general. Hay negocios —y este es uno de ellos— que sólo en grandes proporciones originan los efectos que anhelamos; son como los negocios de determinados artículos de uso popular, que es preciso elaborar en cantidades mayores, para que las ganancias de su bajo precio ofrezcan un rendimiento apreciable.

Esa inmigración puede llegarnos espontáneamente. Las circunstancias harán por su cuenta lo que nuestros gobiernos, de participar directamente en el problema, no alcanzarían sin exponerse a un fracaso tanto más lamentable cuanto que las entradas fiscales son aún muy limitadas para obras de mayor urgencia e interés.

Nos queda, pues, el otro lado de la cuestión, el que se refiere a la inmigración de técnicos. Su primera ventaja consiste en el número de los que serían contratados, siempre inferior al de los agricultores, y la segunda y principal radica en la evolución que con ellos sufriría el medio industrial en que vivimos.

Huelga repetir que Centro América continúa siendo un campo de mediana producción agrícola, y nuestra escasa materia prima sale diariamente al exterior, para regresar a veces con una marca de fábrica extranjera.

La historia de la industrialización iberoamericana ostenta capítulos de sugestiva importancia, relacionados íntimamente con su futuro político. Al principiar la segunda guerra mundial, México, por ejemplo, trató de elevar sus condiciones económicas introduciendo maquinaria de Estados Unidos. No tuvo el éxito buscado, porque mil obstáculos se opusieron a su exportación, con todo y que sería pagada al contado la mercadería. Fue necesario esperar la terminación de la contienda y aprovechar otras circunstancias, para adquirir en Europa, especialmente, los instrumentos de su producción industrial, que siguen llegando a sus puertos en cantidades halagadoras para su riqueza inmediata.

Este caso tiene gemelos en los demás países del continente hispano, donde los estadistas de visión acertada y lejana comprenden la trascendencia que dichos proyectos involucran para su independencia económica.

Si el progreso agrícola exige la dirección técnica, con mayor razón las industrias, y a eso se debe el tino con que esas repúblicas hermanas seleccionan su inmigración. No va a ellas quien pide el pasaporte, sino quien es capaz de enseñar algo nuevo mediante el arte de producir con los más variados instrumentos de la industria.

Gracias a la referida política, estamos palpando cambios extraordinarios en la vida económica de países que antes no pasaban de ser meras colonias de materias primas, cuyos precios fijaba el capitalismo de Londres, Hamburgo y Nueva York. En pocos años las cifras de algunos productos manufacturados en ellos se han convertido en la pesadilla de los monopolistas extranjeros, como es fácil comprobarlo revisando las estadísticas comerciales de Brasil, Argentina, México, etc. De simples consumidores, tienden a ser abastecedores de mercados próximos y distantes. Recientemente la prensa dió a conocer el hecho de que artículos de la industria mejicana estaban saliendo con rumbo a plazas de Africa y Oceanía, jamás relacionadas antes con sus hombres de negocios. Y si esto ocurre en la tierra de Morelos, ya podemos imaginarnos el radio de acción que tiene ahora la enorme producción argentina, llevada en sus propios barcos y libre de los tropiezos, que hábilmente solían colocarle los intereses creados de aquende y allende el mar.

Centro América, es cierto, no está en capacidad de igualar estas conquistas, pero está en el momento de revisar sus posibilidades con el fin de abrirles un campo mejor de operaciones. A nuestro juicio ninguno sería tan oportuno como el industrial, que aumentaría su producción agrícola y combatiría el desempleo, originado sobre todo por el crecimiento de su población y los procedimientos rutinarios del trabajo obrero.

Preciso es ver en esta evolución demográfica un serio peligro para la tranquilidad general, si persistimos en atenernos a los viejos métodos. A una etapa distinta de la vida nacional se impone un cambio en la actividad, porque de lo contrario seremos obligados siempre a experimentar ese cambio en sentido desfavorable al bienestar colectivo.

Por consiguiente debemos adaptar los procedimientos a la etapa que se inicia. Centro América no puede continuar siendo una fuente de materias primas en beneficio de intereses ajenos; su población y sus necesidades de otro género demandan campos menos estrechos donde aplicar sus energías.

Además, la oportunidad que ahora llama a sus puertas es de aquellas que garantizan el minuto final de la victoria. Podemos, sin gran costo, recibir las enseñanzas de los técnicos que abandonan sus tierras por temor a la guerra, y no logrará impedir estos felices recursos la oposición velada o abierta de las naciones que monopolizaban el transporte y las industrias, en vista de que sus problemas políticos son de gravedad suma en esta hora crepuscular y decisiva para todos los imperialismos del mundo.

Agustín Tijerino R.

Tegucigalpa, D. C., junio de 1951.

